

NO LLORES POR MI, COMPATRIOTA

(Tomado de El Siglo)

A la redacción de El Siglo ha llegado el escrito que más adelante se inserta y que contiene consideraciones que pueden provenir, si no provienen, de esos seres para quienes el máximo elogio es la de héroes anónimos. Llegó bajo la rúbrica de "soldado José Dolores" y tiene temblor del más allá.

Apenas ha transcurrido un par de centenar de horas desde cuando me arrebataron la vida los antisociales del M-19 allá en el Palacio de Justicia, mientras trataba de ayudar a salir a unos rehenes aterrorizados, sucios, descalzos, con surcos de lágrimas que les dejaban caminitos entre el tizne, y que se aferraban a mí como a su última esperanza.

Sentí que algo me destrozaba las entrañas, y vi cómo mi uniforme camuflado cambiaba de color a un rojo caliente y oí las risotadas de la guerrillera que me disparó, risotadas de desprecio por mi función social, por mi sacrificio, por ser el respaldo a una autoridad legítima. Una llamarada de dolor subió por mi vientre, por mi columna vertebral, allanó mi cerebro y explotó en mi cráneo como una bomba de efecto retardado. Y enseguida, me invadió una sensación de paz. Dejé de sentir dolor mientras daba los últimos traspies interponiendo mi cuerpo entre las balas y los rehenes. Caí de rodillas, disparando para defender ese Palacio hasta el último segundo, hasta el último suspiro, hasta el último cartucho.

Pensé en mi mamá, en mis hermanos, en mi padre y en mi novia. Vi sus ojos reflejados en los ojos angustiados de quienes buscaban la sombra de mi cuerpo para ganar la calle,

para seguir viviendo. Y, entonces, cuando los vi otra vez libres, caí de cara. No sé contra qué caí, pero la boca me supo a ceniza de Patria, a sudor, a libros viejos y sabios, a sangre caliente y dulzona. Era la mía. Vi mi tricolor orgulloso, flameando en alto sobre mi cuerpo y el de varios de mis compañeros que trataban de sacarme y, entonces, todo desapareció.

No llores, por mí, compatriota... yo ya cumplí con mi deber, entregué por mi Patria, por mi religión, por mi familia y por tí y por tus hijos, lo más valioso que tenía como ser humano. Lloro por TI, que no has querido entender que es necesario sacrificar algo por tus hijos, y los hijos de tus hijos, para que puedas sentirlos sentados en tus rodillas cuando tengas la cabeza cubierta de canas, y la mirada cansada, cuando ya hayas olvidado el momento que vivió la Nación hace centenares de horas. Yo ya sé cómo son las cosas. Verás si estoy equivocado. El hombre-magistrado se convierte en un mito, es llorado por miles de miles de personas, por sus alumnos, por sus ex-alumnos y colaboradores, algunos de los cuales lloran lágrimas de cocodrilo porque desde adentro del Palacio ayudaron a los sicarios a esconder las armas, costales con arena, víveres, explosivos, para que asesinaran a quienes hoy lamentan; esos altos personajes de la justicia, merecen su pedestal, por su probidad, por su honradez. Pero serán usados como pretexto para oscuras lucubraciones... El hombre-empleado es llorado por sus allegados porque era su esperanza, su sustento; él es el blanco de la subversión para incitarlo a sentir odio, a derramar sangre, en forma directa o indirecta, de seres como yo, como tú, como tantos otros. Y cuando ya no es útil a la subversión, su sacrificio se diluye en la memoria de nuestros conciudadanos casi tan vertiginosamente como el mío: el hombre-soldado. Mis viejitos, mis compañeros en armas, mis hermanos, mis amigos me llorarán. A los demás compatriotas, les importará una higa. Y más tarde cuando hayan olvidado el horror que no vivieron, cuando sus intereses económicos, sus arribismos políticos, intelectuales o sociales les produzcan beneficios en algún sentido, patearán mi tumba si es preciso, repudiarán mi sincero sacrificio, y si les conviene, mancharán de oprobios mi camuflado; el mismo que yo regué con mi sangre sencilla por defender al hombre-magistrado, al hombre-empleado, al hombre-cristiano, al hombre-periodista y su libertad de prensa, al hombre-colombiano indefenso ante el aleve y sangriento ataque

de la subversión y de la narcoguerrilla, contra la estabilidad de las instituciones, contra sus familias, Patria, libertades, propiedades y futuro.

No llores por mí, compatriota. . . Llorar por TI si aún no eres capaz de entender que sin mí la Patria pelagra, que *tu familia, tu propiedad, tu libertad*, se acercan cada segundo al abismo que engullirá todo, todo, para ponerlo al servicio de potencias extranjeras, con ideologías diferentes a aquellas en las cuales nuestros viejos nos criaron, con dulzura, pero con firmeza.

Llorar por tí, compatriota, si no eres capaz de gastar unos minutos para pensar con cabeza fría, con sensatez, con sinceridad, con determinación, con la callada valentía de los héroes anónimos que no buscan figuración, cortejos, oraciones fúnebres subrayadas por honores, sino salvar su Patria, su hogar, su terruño, si no eres capaz de leer entre líneas todo aquello que gritaron a los cuatro vientos quienes medran en las facilidades que les da la democracia, para atentar contra esa misma libertad que exigen en forma egoísta, solamente cuando sienten amenazados sus propios oscuros intereses, cuando vibran de miedo.

No llores por mí compatriota. . . demuéstreme tu capacidad de raciocinio, simplemente. Yo me contento con las florecitas y las lágrimas que mis padres depositan en mi tumba, y el férreo, sincero compañerismo de mis superiores y amigos que aún empuñan las armas, con la frente alta, con orgullo, con fervor, con dolor de Patria para evitar que otros muchos palacios sean mancillados y en ellos se pretenda violar y mancillar a Colombia, con el apoyo inconsciente de tu indiferencia.